

austriaco planes complicados y azarosos, ¿por qué, pues, to que la batalla de Essling le había parecido una maravilla, por qué no aprovechar aquella lección y no promover otra aún más completa y decisiva? El acontecimiento que tanto ponderaban los austriacos era la fiel expresión de la dificultad militar que Napoleón tenía que vencer y que consistía en pasar un caudaloso río para dar una batalla con el abismo á la espalda; por consiguiente, era menester no omitir cosa alguna para aumentar esta dificultad, y hacerla, si era posible, insuperable: tratábase de una estrategia sencilla, segura, experimentada, en que bastaba sin hacer prodigios de tener otra vez á Napoleón á la margen del Danubio para echarle en breve fuera del imperio austriaco. Para esto podían tomarse dos medidas muy sencillas: en primer lugar, unir al conocimiento previo del campo de batalla toda la fuerza que á una posición defensiva pueden dar los recursos del arte, y en seguida emplear el recurso de las grandes maniobras para reunir en aquel terreno todas las fuerzas de la monarquía.

Felizmente para nosotros, el archiduque no había tomado ninguna de estas dos medidas.

Napoleón por su parte había acumulado reductos en todo el circuito de la isla de Lobau para desembocar al amparo de una poderosa artillería de grueso calibre; no era por consiguiente natural que los austriacos hubiesen levantado enfrente reductos que hicieran inaccesible la opuesta orilla? No carecía por cierto de gruesa artillería una potencia que se batía en su propio territorio, y que era una de las mejor abastecidas de toda Europa en cuanto á material de guerra. Pero el archiduque había hecho atrincherar los pueblos de Essling, Aspern y Enzersdorf sólo porque en ellos había sido la pelea, y de Enzersdorf á la confluencia de los dos brazos en toda la parte de la derecha de la isla, y en la llanura rasa que Napoleón había elegido como punto de invasión, se había limitado á construir un reducto cerca de un paraje llamado la *Casa Blanca*, armado con seis cañones, y á custodiar con una escasa fuerza la pequeña fortaleza de Sachsengang, situada en el centro de los bosques. Ni siquiera le había pasado al archiduque Carlos por las mientes que pudiera su enemigo desembocar por nuestra derecha, que era la combinación que había estado Napoleón madurando por espacio de cuarenta días; de manera que sólo había construido fortificaciones sólidas, sin embargo de que aun estas mismas fortificaciones suponían poco contra soldados tan impetuosos como los franceses, entre Aspern y Essling, Essling y Enzersdorf.

Después de haber dificultado el paso del Danubio todo lo posible, cubriendo de poderosas fortificaciones la orilla opuesta á la isla de Lobau, faltaba proporcionarse á la espalda, en la llanura de Marchfeld, que era el campo de batalla inevitable de los dos ejércitos, una posición defensiva que ofreciese toda clase de ventajas sobre el enemigo. Ahora bien; suponiendo que éste llegara á pasar el Danubio, si se le ganaba una batalla defensiva, inmediatamente, ó al día siguiente se podía pasar de la defensiva á la ofensiva, é intentar con grandes probabilidades de buen éxito el precipitarle al río. Para esto ofrecía el terreno numerosos recursos: la llanura del Marchfeld iba gradualmente elevándose por espacio de dos leguas, alzándose á su extremidad una

como cadena de cerros desde Neusiedel á Wagram, cuya falda bañaba un arroyo caudaloso, profundo y pantanoso, llamado el Russbach. Detrás de este arroyo había hecho acampar el archiduque sus principales fuerzas, pertenecientes á tres de sus cuerpos de ejército: el primero que mandaba Bellegarde, el segundo que mandaba Hohenzollern (1) y el cuarto que mandaba Rosenberg, esto es, cerca de setenta y cinco mil hombres. Fácil hubiera sido, aprovechándose de las alturas y del arroyo que á su pie serpenteaba, levantar allí formidables fortificaciones contra las cuales se estrellase la pujanza de los mismos franceses. Comunicaba esta posición con el Danubio por medio de una segunda línea de alturas en forma de semicírculo que pasaba por Aderklaa, Gerarsdorf y Stammersdorf, cuyo acceso no cortaba ninguna corriente profunda, ni lo necesitaba tampoco, puesto que aquél era el lado por donde hubiera debido tomarse la ofensiva, al paso que se oponía por el otro una defensiva obstinada é invencible. Tenía allí también el archiduque de sesenta y cinco á setenta mil hombres, total que componían el tercer cuerpo mandado por Kollowrath (2), el quinto mandado por el príncipe de Reuss (3) y el sexto de Klenau (4). Defendía este último la orilla del río. La doble reserva de caballería y granaderos, acantonada entre Wagram y Gerarsdorf, unía las dos masas del ejército austriaco. La de la izquierda, acampada entre Neusiedel y Wagram, hubiera podido defender las alturas obstinadamente; y entretanto la de la derecha, que se extendía de Gerarsdorf á Stammersdorf, hubiera podido tomar la ofensiva, dirigirse al flanco de los franceses y separarlos del Danubio, ó precipitarlos en sus olas. Así en efecto pensaba hacerlo el archiduque, como en breve diremos; pero quería llegar á ese resultado sin haber construido obra alguna de las que podían hacer inexpugnable la posición entre Wagram y Neusiedel.

Finalmente, la última precaución que debió tomarse era concentrar sus fuerzas para ser en el campo de batalla superior en número al enemigo. El generalísimo austriaco conocía en parte el movimiento sucesivo de concentración que iba llevando unos tras otros los cuerpos franceses á Viena, aunque se le hubiese hábilmente ocultado la maniobra principal que había de hacer asistir al ejército de Italia á la gran batalla que iba á darse. Este modo de obrar debiera haberle servido de lección y estimularle á reunir entre la isla de Lobau y Wagram todas las tropas que no fuesen en otra parte absolutamente indispensables; pero como hombre de ánimo irresoluto no siguió sino muy imperfectamente el ejemplo instructivo de su adversario. Llamó en efecto de Lintz á Wagram al cuerpo de Kollowrath, proporcionándose con esto un refuerzo de unos veinte mil hombres; mas dejó en el Danubio superior otros doce mil por lo menos, de los que hubiera podido allegar una parte por no hostilizarle por aquel lado los franceses. Proyectaba que se le incorporase el archiduque Juan cuando hacía ya tiempo que debía tenerle consigo, puesto que la ciudad de Presburgo podía defenderse con tres ó cuatro mil hombres de guarnición. Pudo ha-

- (1) Era Kollowrath el que le mandaba al principio de la guerra.
 (2) Mandado antes por Hohenzollern.
 (3) Mandado antes por el príncipe Luis.
 (4) Mandado antes por el general Hiller. (N. del A.)

berle agregado el general Chasteler con siete ú ocho mil hombres, porque para batallar en Hungría con los destacamentos franceses que quedaban en Raab, bastaba el ban Giulay, y con esto habría ascendido á doce ó veinte mil hombres el refuerzo del archiduque Juan. Por último el archiduque Fernando estaba haciendo en Polonia una campaña enteramente estéril, y empleaba treinta ó treinta y cinco mil hombres de excelentes tropas en correrías ridículas desde Thorn á Sandomir. Conservando en esta parte del teatro de la guerra unos quince mil hombres para tener á raya, no á los rusos que eran poco hostiles, sino á los polacos, que se mostraban muy emprendedores, se hubiera proporcionado al austriaco otros veinte mil hombres con que concurrir á salvar la monarquía bajo los muros de Viena.

De este modo, manobrando como Napoleón, con ese arte que consiste en no dejar en cada punto más que la fuerza indispensable para conducir al punto decisivo todas las fuerzas que en él puedan reunirse sin hacer falta en otra parte, hubiera podido el archiduque Carlos allegar veinte mil hombres de Presburgo, nueve ó diez mil de Lintz y veinte mil de Cracovia, con lo cual hubiera agregado á sus fuerzas cincuenta mil hombres y quizás decidido la cuestión en su favor. ¿Qué hubiera en efecto sucedido si desembocando los franceses con ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil hombres se hubieran encontrado con doscientos mil, ochenta en una posición inexpugnable y ciento veinte acometiéndoles por el flanco durante el ataque de aquella posición? Es probable que Napoleón, á pesar de todo su genio, hubiera hallado en la llanura del Marchfeld tres ó cuatro años más pronto el término de su prodigiosa grandeza.

El archiduque, que sólo entreveía, mas no veía con claridad, que todo podía decidirse entre Wagram y la isla de Lobau, no ejecutó nada de lo que llevamos dicho. Acampó sus tropas en las alturas de Neusiedel á Wagram, puso allí sus tiendas, haciales manobrar para que se instruyesen sus reclutas, dábales abundante alimento de pan y carnes que les suministraban los judíos, y las tenía faltas de paja, forraje y agua (exceptuados los cuerpos situados cerca del Russbach), y por consiguiente ni siquiera las había puesto al abrigo de todas las privaciones aunque estuviese en su propio país, favorecido por el patriotismo de todas las poblaciones. Casi nada había hecho para remontar la caballería, aunque abundase en Austria el ganado caballar, y no sacaba de aquella tierra que le era devota lo que sacaba Napoleón, que era aborrecido como conquistador extranjero (1). Pueden valuarse los seis cuerpos de que dispo-

(1) Los austriacos después de la batalla de Wagram trataron de reducir el número de las tropas de que pudieron disponer en dicha batalla. Las relaciones que publicaron valoraron su ejército en ciento quince mil hombres, sin contar el príncipe de Reuss que se hallaba en Stammersdorf enfrente de Viena, al cual omitieron por no haberse encontrado en la acción. Si no asistió á ella fué por culpa del general en jefe, pero no por eso dejó de hallarse en el campo. Valuando, pues, su cuerpo en catorce ó quince mil hombres, se obtiene un total de cerca de ciento treinta mil sin el archiduque Juan. Pero estos cómputos son inferiores á toda verosimilitud. Los cuerpos primero y segundo (de Bellegarde y Kollowrath) habían tomado poca parte en las principales acciones de la campaña, y sus fuerzas no podían bajar mucho de cincuenta mil hombres. Los cuerpos tercero y cuarto habían padecido bastante, pero habían sido considerablemente reforzados. Dando veinte mil

hombres á cada uno, tenemos ya un total de noventa mil combatientes. Quedan el sexto cuerpo de Klenau, el quinto del príncipe de Reuss, y por último la doble reserva, cuya fuerza se confiesa que era de ocho mil hombres de infantería y otros tantos de caballería; y estos tres cuerpos no pueden valuarse en menos de cincuenta mil hombres, suponiendo el cuerpo de Klenau de veinte mil, el de Reuss de quince mil y la doble reserva de diez y seis mil: de modo que el total asciende á ciento cuarenta mil hombres, sin contar el archiduque Juan, y á ciento cincuenta y dos mil contando éste. Puede por lo tanto afirmarse con la mayor verosimilitud que los dos ejércitos eran de fuerzas iguales. Los cálculos más rigurosos arrojan en efecto de ciento cuarenta á ciento cincuenta mil hombres como fuerza efectiva del ejército francés.

Como la acumulación sucesiva de tropas francesas hacia Ebersdorf anunciaba próximos acontecimientos, el archiduque Carlos, que estaba ya sobre aviso por esa misma circunstancia, se alarmó al percibir el cañoneo que había roto la división de Legrand, y puso en movimiento sus tropas, persuadido de que iba á empezar de nuevo el paso por el mismo punto que la primera vez. Ya una vanguardia capitaneada por el general Nordmann ocupaba á Enzersdorf, la llanura á la derecha de la isla, el pequeño reducto de la *Casa Blanca* y los bosques que cubrían la confluencia de los dos brazos del Danubio. Mientras defendía una simple vanguardia este punto, que era el más amenazado, el general Klenau con todo el sexto cuerpo ocupaba entre Aspern y Essling las fortificaciones ante las cuales se suponía que había de presentarse nuevamente el ejército francés para trabar la lid. Bajó el archiduque Carlos de las alturas de Wagram al llano del Marchfeld con los cuerpos de Bellegarde, Hohenzollern y Rosenberg (1.º, 2.º y 4.º) para apoyar á Nordmann y á Klenau. Hizo bajar también del semicírculo de alturas que formaba su derecha desde Wagram al Danubio al cuerpo de Kollowrath (3.º), dejando en posición al príncipe de Reuss en Stammersdorf enfrente de Viena, para que observase si intentaban algo los franceses por este lado. La doble reserva de infantería y caballería quedó detrás, en las cercanías de Gerarsdorf. De este modo se mantuvo en posición el 1 y 2 de julio, y luego, al ver que no asomaban los franceses, figurándose que el pasaje no se verificaría inmediatamente y repugnándole tener expuesto en aquella llanura su ejército á toda clase de privaciones con calor sofocante, le llevó otra vez á las alturas donde estaba acostumbrado á acampar. Mantuvo la vanguardia de Nordmann entre Enzersdorf y la *Casa Blanca*, y el cuerpo de Klenau en las fortificaciones de Essling y Aspern, esperando un amago más formal para bajar de nuevo al llano y dar la batalla.

El 3 de julio no hizo otra cosa Napoleón que preparar definitiva y secretamente detrás de la cortina de los bosques el material para el paso y esperar las tropas, que no cesaban de atravesar los puentes mayores con

(N. del A.)

dirección a la isla de Lobau. La aglomeración siempre creciente de nuestras tropas podía divisarse desde muy lejos, y echándola de ver el archiduque Carlos mandó el 4 a la artillería de Aspern, de Essling y de Enzersdorf, que hiciese descargas contra la isla, en la confianza de que no perdería ninguna bala dirigida a una acumulación de hombres como aquella. Nunca en efecto se había visto en un espacio de una legua de anchura y tres de circuito un ejército de ciento cincuenta mil soldados, quinientas cincuenta bocas de fuego y cuarenta mil caballos, apiñados de una manera semejante; por fortuna tenía la isla la suficiente anchura y los proyectiles lanzados desde Essling y Aspern no podían causar gran daño. Para hacernos destrozados hubieran necesitado los austriacos piezas de grueso calibre como las que en su previsión había dado Napoleón a sus baterías, al paso que el archiduque sólo tenía en sus fortificaciones piezas de campaña. Sin embargo las tropas de Massena, que eran las más próximas al enemigo, perdieron alguna gente.

El 4, al caer el día, Massena, Davout y Oudinot, protegidos por la cortina de los bosques, se acercaron al límite de la derecha de la isla y se situaron, Massena enfrente de Enzersdorf, Davout algo abajo enfrente de la *Casa Blanca* y Oudinot más abajo todavía, delante de los espesos bosques de la confluencia de los dos brazos. El coronel de los marinos, Baste, fondeó cerca de este último paraje con sus barcas armadas, dispuesto a dar convoy a las tropas de desembarco. A las nueve empezó a pasar el cuerpo de Oudinot; la brigada de Conroux, de la división de Tharreau, embarcada en los pontones de que hemos hecho mención, salió de los golfos interiores de la isla de Lobau y se dirigió hacia los bosques de la confluencia. Era la noche tenebrosa y el cielo cubierto de densos nubarrones anunciaba un violento oraje de verano, que no podía menos de ser favorable a nuestra empresa. Atravesamos el brazo chico en pocos minutos, a pesar de lo mucho que ensanchaba al acercarse al grande, y después de haber desembarcado en la opuesta orilla sorprendimos a las centinelas enemigas pertenecientes a la vanguardia del general Nordmann: nos apoderamos luego del reducto de la *Casa Blanca* y todo fué obra de un cuarto de hora, en que perdimos tan sólo unos cuantos hombres. Atóse el cable al árbol designado de antemano, y corriendo por él las barcas trasladaron rápidamente todo el resto de la división de Tharreau. Al punto mismo el capitán Larue, secundado constantemente por el coronel Baste, colocó en posición los materiales del puente que debía echarse en el punto donde el brazo chico desagua en el grande, y tan buena maña se dió que terminó su obra en menos de dos horas. Entretanto la división de Tharreau hacía sus descargas en la opuesta orilla, en la obscuridad, contra las vanguardias austriacas que cedían el campo; y las divisiones de Grandjeán (antes de Saint-Hilaire) y de Frere (antes de Claparde), que completaban el cuerpo de Oudinot, formaban en columnas cerradas esperando que se echase el puente para pasar a su vez é incorporarse con la división de Tharreau.

El mariscal Massena había recibido orden de no empezar su paso hasta que el general Oudinot tuviese muy adelantado el suyo y hubiese puesto el pie en la orilla

enemiga. Empezó su movimiento a las once con las tres divisiones de Boudet, Carra Saint-Cyr y Molitor solamente, por haber ya pasado el río la de Legrand, entre Essling y Aspern. Embarcados en cinco grandes pontones, escoltados por el coronel Baste y conducidos por el valiente edecán Sainte-Croix, desembocaron del canal interior de la isla *Alejandro* mil quinientos cazadores, y cruzaron el brazo chico bajo el fuego de las avanzadas austriacas atraídas por el tiro de Oudinot; despreciaron aquellas descargas, y aportaron en breve a la orilla opuesta. No pudiendo atracar en ella los pontones sino con gran dificultad, arrojáronse los soldados al agua, que les llegaba a la cintura, unos para batirse cuerpo a cuerpo con los tiradores enemigos, otros para sacar los pontones a tierra. Atado a un árbol el cable, empezaron los transportes sucesivos, con los cuales se prestó auxilio a los cazadores que se las habían ya con la vanguardia de Nordmann. Salía mientras tanto del canal de la isla *Alejandro* el puente de una pieza dirigido por el comandante Dessalles, plegábase en los reductos del canal, enderezábase después de pasarlos, y por último entregado a la corriente iba a parar a unas cincuenta toesas más abajo para dejar libre el paso a los materiales de los otros puentes. Adelantándose en una barquilla unos cuantos pontoneros intrépidos, despreciando los fuegos de la fusilería enemiga, fueron a echar una áncora sobre la cual halaron el puente para enderezarle y colocarle en dirección transversal, y mientras le fijábamos sólidamente por nuestro lado, las tropas de la división de Boudet lo atravesaron corriendo para fijarle en la otra orilla. Bastaron quince ó veinte minutos para terminar esta brillante operación. Las demás tropas de Massena desfilaron al punto para tomar posesión de la orilla izquierda antes que los austriacos tuviesen tiempo de oponer sus masas al despliegue del ejército francés.

Salieron sucesivamente del canal de la isla *Alejandro*, aunque en piezas separadas, el puente de pontones y el de balsas, y fueron colocados más arriba del puente de una pieza, a cien toesas de distancia entre sí. El de pontones estaba destinado a la infantería del mariscal Davout, el de balsas a la artillería y caballería de los mariscales Davout y Massena. Debía el primero estar concluido en menos de dos horas. Los pontoneros trabajaban sufriendo un fuego continuo con la misma imperturbable serenidad.

Una vez descubierto su proyecto, mandó Napoleón a la artillería de los reductos romper el fuego para asolar primeramente la pequeña ciudad de Enzersdorf, de modo que no pudiese más servir de punto de apoyo al enemigo, y en segundo lugar para inundar de metralla la llanura que más abajo se extendía, de tal manera que las tropas de Nordmann no pudiesen permanecer allí. Igual orden dió, no sólo a las baterías situadas a la derecha de la isla sino también a las que estaban colocadas a la izquierda hacia el antiguo paso, para confundir a los austriacos con la simultaneidad de los ataques. Ciento nueve bocas de fuego del mayor calibre llenaron de repente el aire con sus tremendas detonaciones: el coronel Baste, recorriendo el Danubio con sus barcas armadas, por ambos lados de la isla de Lobau, empezó a disparar hacia todos los puntos donde divisaba fuegos con una perseverancia capaz de desanimar al

enemigo más tranquilo y resuelto. Pronto unieron los mismos cielos sus truenos a los de Napoleón, y la tormenta que se cernía en la atmósfera se desgajó en torrentes de lluvia y granizo sobre ambos ejércitos. Serpenteaba por los aires el rayo, y cuando cesaba su claridad los surcaban a su vez con su encendido rastro miles de bombas y granadas precipitándose sobre la malhadada población de Enzersdorf. Jamás la guerra en sus más grandes furores había presentado un espectáculo tan espantoso. Corría Napoleón a caballo de un lado a otro de la orilla donde se llevaba a cabo aquella prodigiosa empresa, dirigiéndolo todo con la serenidad y tino que caracterizan todos los proyectos bien meditados. Sus oficiales, dispuestos como él a todo, no sentían en medio de tan espantosa noche turbación ni cansancio. Todo se hacía con la mayor regularidad a pesar del granizo, de la lluvia, de las balas y proyectiles, del fragor del trueno y de los cañones. Despertaba Viena de su sueño con aquellos siniestros estampidos para desengañarse por fin de que su suerte iba a decidirse, y de que iba en breve a consumarse el proyecto de Napoleón que tanto tiempo la había estado amenazando.

A las dos de la noche tenía ya el ejército tres puentes, el de la confluencia, el de una sola pieza más abajo de la isla *Alejandro* y el de pontones, enfrente de la misma isla. Pasó Oudinot por el primero, Massena por el segundo é inmediatamente se le dejó desembarazado al mariscal Davout. Desfilaron las tropas con rapidez y en columnas cerradas. Pronto el general Oudinot tomó a la derecha los bosques del punto de confluencia, repelió a varios destacamentos de Nordmann, atravesó el pequeño brazo de Steigbiehl por un puente de caballos, y llevó su izquierda a la *Casa Blanca* y su derecha a la aldea de Mühleiten. En estos varios reencuentros cogió tres cañones y varios centenares de prisioneros. Hacia su derecha caía la fortaleza de Sachsengang en la que se había guarecido un batallón austriaco: hízola circunvalar y acribillar a fuerza de proyectiles. Entretanto Massena desfiló con toda su infantería; pero como aún no tenía artillería, se acercó a la orilla del río para estar al amparo de la artillería de los reductos. No pudiendo permanecer en la llanura bajo los fuegos de una artillería de tanto alcance, fueron retirándose poco a poco las tropas del general Nordmann. En seguida el cuerpo del mariscal Davout atravesó por el puente que había servido a las tropas de Massena. Continuó la población de Enzersdorf sufriendo un espantoso cañoneo, desplomándose sus edificios entre las llamas.

A cosa de las cuatro de la madrugada, cuando empezó a iluminar el sol las márgenes del río, presentóse a los ojos atónitos de los dos ejércitos uno de los más imponentes espectáculos. La tormenta se había disipado: el sol se alzaba majestuoso haciendo fulgurar millares de cascos y bayonetas; el general Oudinot campeaba a la derecha en la llanura, mientras su retaguardia inundaba de fuego la fortaleza de Sachsengang. A la izquierda Massena se apoyaba en la población de Enzersdorf que seguía entregada a las llamas, sin poder responder a las descargas que se le hacían por haber quedado su artillería inutilizada en pocos minutos. El cuerpo de Davout llenaba el intervalo que mediaba entre aquellos dos cuerpos. Parte de la artillería y de la

caballería había desfilado por el puente de pontones: toda la fuerza restante estaba agolpada al puente de balsas. Seguía la guardia imperial para pasar también a su vez. Setenta mil hombres estaban ya en batalla en la orilla enemiga, capaces por sí solos de hacer frente a todas las fuerzas del archiduque Carlos. Bernadotte con los sajones se disponía a desfilarse después de la guardia imperial. Los ejércitos de Italia y Dalmacia y la división bávara, trasladados durante la noche a la isla de Lobau, iban también avanzando. Todo iba conducido con una uniformidad maravillosa é irresistible. Los soldados, a quienes se había prohibido encender hogueras durante la noche para no ofrecer blanco a los proyectiles del enemigo, y que estaban empapados de la lluvia, se calentaban a los primeros rayos de un rutilante sol de julio. Algunos de ellos dejaban las filas para abrazar a los amigos y parientes de quienes habían estado ausentes largos años, encontrándose ahora en aquel nuevo campo de batalla muchos cuerpos, unos procedentes del interior de la Dalmacia, otros de los confines de Polonia y España, después de haberse separado en Austerlitz para ir a las extremidades opuestas del continente. Hallábanse juntos en aquel punto de reunión de todas las naciones, los bávaros, los badenses, los sajones, los polacos, los portugueses y los italianos, mezclados con los franceses, y prontos todos a batirse por una política que les era enteramente extraña. Rebosaba por doquiera el júbilo de nuestros soldados, sin pensar que aquella misma noche habrían dejado de existir muchos de ellos. Animábanlos a todos el sol, la confianza en la victoria, el ansia del triunfo, la esperanza de grandes recompensas. Holgábanse principalmente de contemplar al Danubio vencido, y admiraban los recursos del genio que tan pronto los había trasladado en tan imponente número de una a otra orilla de aquel caudaloso río. Al ver a Napoleón recorrer a caballo las filas, alzaban sus chacós en la punta de sus bayonetas y le saludaban con el grito de ¡viva el emperador!

Por orden de Napoleón hubo que apoderarse a la izquierda de la ciudad de Enzersdorf y a la derecha de la fortaleza de Sachsengang, para no dejar enemigos a la espalda desplegándose por la llanura. Defendían las puertas de aquella pequeña población, medio reducidas ya a cenizas, algunas obras de fortificación de muy poco relieve. Guarnecíala un batallón austriaco, pero casi había agotado sus municiones é iba a reemplazarle otro cuando Massena mandó el ataque. Sus dos ayudantes de campo Sainte-Croix y Pelet embistieron una de las puertas de Enzersdorf con el 46, mientras Lasalle, rodeando la ciudad con su caballería ligera, impedía que introdujesen en ella socorro alguno. Tomó la infantería a la bayoneta las obras levantadas en las puertas, penetró en las calles entregadas a las llamas é hizo prisioneros a cuantos dejó con vida de aquel batallón enemigo. Los que intentaron evadirse fueron acuchillados por la caballería del general Lasalle.

El general Oudinot por su parte después de haber batido el castillo de Sachsengang le intimó la rendición, y su comandante, viéndose como ahogado en medio de ciento cincuenta mil hombres, se entregó sin resistencia. Con esto el ejército no tenía ya sobre sus alas nada que pudiese molestarle: podía desplegarse por la

llanura enfrente del archiduque Carlos y presentarle la batalla al pie de las alturas de Wagram. Veía ya este príncipe todas sus previsiones cruelmente fallidas. Creyendo que los franceses iban á pasar como la otra vez por la izquierda de la isla, sólo había situado á la derecha á Nordmann sin que le apoyase fortificación alguna y había formado todo el cuerpo de Klenau detrás de los atrincheramientos de Essling y de Aspern, por delante de los cuales no habíamos de desembocar. Después de una equivocación de esta especie, ya no les quedaba á sus vanguardias otro recurso que retirarse, porque si se obstinaban iba Klenau á ser cogido por la espalda en los reductos de Essling y Aspern. Además el archiduque generalísimo, juzgando que la situación no era todavía tan grave como lo era en realidad, creyó que el paso sólo se había efectuado en parte, que el ejército francés emplearía por lo menos veinticuatro horas en cruzar el río y desplegarse, y que tendría él el tiempo suficiente para acometerle antes que estuviese en disposición de defenderse. Contemplaba el despliegue del ejército francés desde una elevación, y como su hermano el emperador, que se hallaba á su lado, le preguntase qué era lo que ocurría, le dijo que en realidad los franceses habían forzado el Danubio, pero que quería dejarlos pasar para precipitarlos después al río. «Bien está, le contestó el emperador con cierta malicia, pero no dejes pasar demasiados (1).» El archiduque Carlos no era ya árbitro de sus movimientos; despachó orden á Klenau de que no se comprometiese y se fuese replegando ordenadamente sobre el grueso del ejército.

Teniendo ya Napoleón las tres cuartas partes de su ejército al otro lado del río, trató de ganar terreno para poderse presentar en batalla. Avanzando siempre con extremada prudencia, dictó diversas precauciones antes de adelantar más. Aunque tenía bastantes puentes para transportar sus tropas de una á otra orilla, quería recibir sus pertrechos con más prontitud, y sobre todo tener numerosos medios de retirada por si ocurría un desastre. Mandó en consecuencia echar otros tres puentes que, agregados á los cuatro que se habían establecido por la noche, componían el número de siete. Dispuestos todos los materiales, iba á ser obedecidos en pocas horas. Mandó además alzar otras tantas cabezas de puente, unas de fagina, otras de sacos de tierra preparados de antemano, para que el ejército al alejarse no se viese privado de sus comunicaciones por una repentina acometida por su espalda; y últimamente confió la custodia de la isla de Lobau al general Rénier, que era un excelente oficial, ya muy conocido y muy apto para la guerra defensiva. Dejóle siete batallones, dos de los cuales debían defender los puentes grandes, uno el puente de la confluencia, otro los puentes del brazo chico y tres formar una reserva en el centro de la isla de Lobau. Dióse orden de que no se dejase pasar á nadie al otro lado del río, á no ser los heridos.

Tomadas estas precauciones, empezó Napoleón á desplegarse por la llanura, con la izquierda inmóvil cerca de Enzersdorf y del Danubio, y la derecha en marcha para aproximarse á las alturas de Wagram, ope-

(1) Esta notable expresión fué desde entonces proverbial entre los militares de aquel tiempo. (N. del A.)

rando por consiguiente un movimiento de conversión. Formaba el ejército dos líneas: en la primera iba Massena á la izquierda, Oudinot al centro, Davout á la derecha; en la segunda iba Bernadotte á la izquierda, al centro Marmont y Wrede y á la derecha el ejército de Italia. La guardia y los coraceros formaban á retaguardia una imponente reserva. La artillería avanzaba al frente de cada cuerpo entremezclada con varios destacamentos de caballería. La fuerza principal de caballería, húsares, cazadores y dragones, estaba repartida por las alas, Napoleón ocupaba el centro, sereno, pero naturalmente algo endiosado con su poderío, contando por segura y decisiva la victoria.

Siguióse ganando terreno, convergiendo siempre sobre la izquierda, separándose unos de otros los cuerpos que iban en primera línea para ir sucesivamente dejando lugar á los de la segunda, y desplegándose de este modo el ejército entero en ala ante el enemigo que se replegaba sobre las alturas de Wagram. A medida que avanzaba iba haciendo descargas nuestra artillería; nuestra caballería cargaba contra la caballería austriaca cuando podía darle alcance, ó bien hacía prisioneras las retaguardias de la infantería enemiga cuando podía. El cuerpo de Davout encontró al paso el pueblo de Rutzendorf, contra el cual de nada le servía la caballería, é hizo que le acometiese y tomase la infantería, cogiendo algunos centenares de prisioneros. La división francesa Dupás, que marchaba con los sajones de Bernadotte, tomó asimismo el pueblo de Raschdorf. Ocurrió en esto que la caballería austriaca quiso sostener á su infantería y fué impetuosamente repelida por los coraceros sajones, los cuales capitaneados por el edecán Gerard (más adelante mariscal) se comportaron valerosamente. Massena, avanzando lentamente por la orilla arriba del Danubio, se encontró en su movimiento con el pueblo de Essling y luego con el de Aspern, los tomó ambos por la espalda y entró en ellos sin resistencia. El sexto cuerpo de Klenau se retiró por Leopoldau sobre Stammersdorf y Gerarsdorf. Así, pues, la audacia de nuestro arranque sobre la derecha había inutilizado todas las defensas del enemigo sobre su izquierda, y no le quedaba más recurso que disputarnos la llanura del Marchfeld dándonos al día siguiente una sangrienta batalla. El 5 á las seis de la tarde ceñíamos ya nosotros en toda su extensión la línea de alturas de Wagram, después de haber perdido para llevar á cabo esta soberbia maniobra todo lo más algunos centenares de hombres, puesto fuera de combate cerca de dos mil austriacos y hecho en Sachsengang, en Enzersdorf, en Raschdorf y en Rutzendorf cerca de tres mil prisioneros (2).

El ejército francés, que se había desplegado marchando, ya sólo formaba una larga línea de cerca de tres leguas, paralela á la de los austriacos, que era casi recta desde Neusiedel á Wagram, pero curva al centro hacia Aderklaa, y continuaba semicircular por Gerarsdorf y Stammersdorf hasta la orilla del Danubio. Desde Neusiedel, pueblo que dominaba una torre cuadrangular, á Wagram, corrían formando una pendiente suave las alturas en que estaba acampada el ala izquierda del

(2) Los boletines de aquella jornada hablan de un número de prisioneros mucho mayor, pero son evidentemente exageraciones calculadas. (N. del A.)

ejército austriaco, en número de setenta y cinco mil hombres próximamente y al amparo de un arroyo fangoso llamado el Russbach. Allí, con el auxilio del arte, hubieran podido, según dejamos dicho, formarse atrincheramientos invencibles, pero felizmente para nosotros no había puesto el enemigo más que leves tiendas de campaña. En Neusiedel, es decir, á la extremidad izquierda de los austriacos, se hallaba el príncipe de Rosenberg con la vanguardia de Nordmann y numerosa caballería: menos á la izquierda, hacia Baumersdorf, estaba establecido el cuerpo de Hohenzollern, y en Wagram, cerca del centro, el cuerpo de Bellegarde con el cuartel general del archiduque Carlos. Hacia este punto era donde empezaba á encorvarse la línea de batalla para tocar en el Danubio y donde cesaba la útil protección de Russbach. Tenían los austriacos en su mismo centro la reserva de granaderos y coraceros extendida en semicírculo desde Wagram á Gerarsdorf. Tenían á su derecha el tercer cuerpo bajo el general Kollowrath, el sexto bajo el general Klenau, que acababa de retirarse de Essling y de Aspern, y por último el quinto bajo el príncipe de Reuss entre Gerarsdorf, Stammersdorf y el Danubio.

La línea francesa seguía exactamente los contornos de la línea enemiga. Enfrente del ala izquierda de los austriacos teníamos nuestra ala derecha, es decir, á Davout, establecido en el pueblo de Glinzendorf, dando cara al cuerpo de Rosenberg, y á Oudinot, establecido en el pueblo de Grosshofen, haciendo frente al cuerpo de Hohenzollern. En el centro se hallaba el ejército de Italia opuesto al cuerpo de Bellegarde. Volviendo á la izquierda, enfrente de Wagram, veíase en el pueblo de Aderklaa á Bernadotte con los sajones, encargado de hacer cara á la doble reserva de granaderos y coraceros, y finalmente más á la izquierda aún, desde Süssenbrunn á Kagrán, las cuatro divisiones de Massena destinadas á contener á los cuerpos de Kollowrath, Klenau y Reuss. Al centro, detrás del ejército de Italia y los sajones, tenía Napoleón de reserva el cuerpo de Marmont, la guardia imperial, los bávaros y los coraceros. Así en aquella vasta línea de batalla, que como dejamos dicho era recta desde Neusiedel á Wagram, y curva desde Wagram á Stammersdorf, tenían los austriacos su mayor fuerza en sus alas, y débil el centro, puesto que la reserva de granaderos y coraceros formaba el único lazo entre las dos masas principales. Nosotros por el contrario teníamos la fuerza suficiente en nuestra ala derecha desde Glinzendorf á Grosshofen, donde estaban Davout y Oudinot, una fuerza muy módica en nuestra ala izquierda desde Süssenbrunn á Kagrán, donde se hallaba Massena solo, pero una muy considerable en el centro entre Grosshofen y Aderklaa, puesto que en este lado, además del ejército de Italia, estaban el ejército de Dalmacia, la guardia imperial, los bávaros y toda la caballería pesada. Esta disposición era la mejor seguramente, la que permitía ocurrir con más prontitud á las diversas contingencias de la batalla dejándose caer rápidamente á la derecha ó á la izquierda según fuese menester, y también la que permitía acometer al ejército austriaco por su lado más débil, esto es, por el centro de su línea. En efecto, el archiduque Carlos, repitiendo la falta cometida en Essling, había querido nuevamente envolver al ejército francés

para impedir que desembocase, había quitado fuerzas á su centro, y por este lado se ofrecía desarmado á la poderosa espada de su adversario.

Napoleón, á cuyo ojo experto no podía ocultarse esta circunstancia, concibió por ella la arriesgada idea de terminar la batalla aquella misma noche con un acto decisivo, que le dispensase de derramar al siguiente día torrentes de sangre. Según todos los informes, el enemigo cedía por todas partes el campo y se retiraba con sorprendente facilidad. En efecto, el archiduque Carlos, atónito con la repentina aparición del ejército francés, no había podido dar sus disposiciones para el ataque, y aplazando la batalla para el día siguiente se había limitado á mandar á sus vanguardias que se replegasen. Dando asenso con demasiada ligereza á las noticias de algunos oficiales, se entregó Napoleón á la esperanza de poder, por medio de una brusca embestida contra la mesa de Wagram al caer el día, apoderarse del centro del enemigo antes de que hubiese tenido tiempo de ocurrir eficazmente á su defensa, y obligar al ejército austriaco, cortado en dos, á retirarse voluntariamente; con lo cual el fin de la campaña quedaba reducido á perseguir con actividad y estrago á las dos fracciones del ejército enemigo. Resaltaba en esto mismo el inconveniente de maniobrar con masas tan enormes y en espacios tan inmensos, porque no pudiendo por lo mismo verlo todo ni dirigirlo todo en persona el general en jefe, tenía forzosamente que fiarse de sus lugartenientes, los cuales observaban las cosas malamente, ó como se probará en breve, operaban sin conjunto.

Mandó, pues, Napoleón, con una imprudencia que contrastaba singularmente con la admirable previsión de que había hecho alarde en las anteriores jornadas, tomar la mesa de Wagram, contra la cual podían maniobrar Oudinot atacando á Baumersdorf, el ejército de Italia pasando de Russbach entre Baumersdorf y Wagram y Bernadotte dejándose caer por Aderklaa sobre el mismo Wagram. Efectivamente, cumpliendo con la orden recibida, Bernadotte con los sajones y la división de Dupás, Macdonald y Grenier con dos divisiones del ejército de Italia y Oudinot con todo su cuerpo entero avanzaron al anochecer sobre la posición de los austriacos. Marchó Oudinot sobre Baumersdorf, la batió, la incendió con sus bombas y se obstinó en desalojar de allí á las vanguardias de Hohenzollern que tenían en el Russbach un poderoso elemento de resistencia. Al lado opuesto Bernadotte con los sajones se precipitó sobre Wagram que estaba defendido por un destacamento de Bellegarde y se enseñoreó de la posición, pero no tan completamente que pudiera pasar adelante. Mientras Oudinot y Bernadotte se batían á los dos extremos para apoderarse de los dos puntos de apoyo del enemigo, Dupás y Macdonald en el centro intentaban atravesar el Russbach. Este arroyo, angosto, pero profundo, era un obstáculo difícil de superar: lanzóse á él Dupás con el 5.º ligero y el 19 de línea al grito de ¡viva el emperador!: varios soldados que en su ciega premura cayeron en lo más hondo, se ahogaron; los demás vencieron el obstáculo, volvieron luego á reunirse y treparon por las vertientes de la meseta bajo una granizada de balas y metralla. Los cuerpos austriacos con esta repentina acometida formaron detrás de las barracas del campamento y en cuadro: los tiradores